

música para perros

carmen ruiz fleta

primavera 2006

I. lo que creí importante

1.

Las tendí de una cuerda en el patio.

Vací de letras todos mis huecos,

chupé el polvo de la única palabra que ya no uso,
y me atraganté.

Después de perseguirte a distancia,
de aprender todos los gestos,
de peinarme frente a tu espejo.

De resbalarme cabeza abajo hasta tu sexo.

Apreté las piernas hasta hacerte daño.

Pasa el tiempo y las pelusas anidan en las tripas.

Han hecho un útero donde antes había estómago,
y en lugar de comer,

doy a luz todos los días una manzana de tristeza.

Si las nanas hacen llorar, ¿qué se les canta a los que nacen difuntos?

Te haré una canción que sepa a leche y así saldaré la deuda de no ser
tu madre.

El suelo cada vez está más sucio y no me queda tinta para remediarlo.

En mi tendedor las manzanas se pudren antes de suicidarse

llevadas por la inexcusable tentación de la inercia.

2.

Amantes ausentes buscan rincones de tiempo
(espacios oscuros).

Buscan escaparates opacos
donde lamerse las cicatrices que ya no sangran.

Buscan ser originales,
transitar por huellas vírgenes,
penetrarse en inéditas posturas,
como si fueran los únicos,
los pioneros junto a las estatuas.

Amantes extraviados de pijama
pretenden besarse en el Tubo,
cuando olía a calamares,
rayuela y regaliz de palo.

Rincones de tiempo donde bucear
sin oxígeno.

Dos cabezas sonriéndose
sin saberse cortadas.

Un perro se mea.

Levanta la pata y se mea
en la exacta coordenada
del paraíso de los amantes.

Me giro y los veo
diciéndose secretos al oído,
mentiras que se susurran con las manos atadas,
se les escurren al andar.

Buscan rincones de tiempo,
que mañana esconderé
por si acaso vuelven.

3.

Demasiadas cosas nos separan
catarsis mojada cada quince días,
penicilina para el alma,
indigestión de vacío.

Deja que te hable como en el cine,
"¿en qué nos hemos convertido?"

Si justo ahora no me besas,
si justo ahora no me dueles en los ojos
es que aquí ya queda poco.

Aquí ya no vive nadie,
ni siquiera tú o yo.

4.

Apetito tierno, chúpame el dorso de las rodillas
(sellos para franquear patrias),
prometo estar callada
y con la melena antifaz,
preparada para partir en cualquier momento,
cuando se funda la bombilla
o llamen a filas.

Convertida en sábado ajeno,
te pido que
juntas las letras de mi nombre
y las pronuncies como si supieran a uva.

Pero no vale contar con los dedos
las vértebras de la casa,
ni memorizar los objetos que no nos pertenecen.

Ahora es tiempo de comer y beber,
libaciones de reloj.
Te lo pongo difícil
porque doblo las piernas
como si aún nadara en sales.

Ovillo indecente,
el espejo refleja
lo que nunca veo.

Lengua untuosa
que domina lenguas muertas,
lo que dicen las sombras
cuando el cuerpo se agota
de inventar apetitos
que nunca existieron.

5.

... el azucarillo lo escucha todo:
la explicación del café africano,
los secretos del sabor oscuro,
el mapa de un país perdido
y hasta un proverbio del lugar.

Hasta que lo hago hebras,
lo escucha todo.

Escucha tu despedida y el reproche de última hora.

Mi mentira y tu humillación,
el dedo que se me congela,
la voz de las colillas,
y la puerta giratoria.

El perchero se vacía de abrigos,

las mesas de palabras,

-ya no hacemos cafés-

me barren los zapatos

(nunca te casarás)

hay arrugas que se mofan

desde la cara de un extraño.

Se derrite en los ojos,

bigote de chocolate,

colofón ridículo a una tarde larga,

de azucarillos con orejas,

y disfraces temblorosos.

6.

He encontrado, colgada del pomo de mi puerta,
una bolsa de plástico con galletas y una caja de leche sangrante.
El timbre se ha fundido. Definitivamente.

La soledad alimenta a los armarios y a los cajones.
Ahora caben más cosas. Fachadas, dedales, gallinas y pararrayos
perfectamente ordenados, donde antes sólo había aire.

La bombilla me mira alucinada, con ojos de loca.
Me espía mientras cuento las motas de polvo
que se acumulan sobre tus zapatos

Hay un rastro de rabia que me conduce
a las costuras del edredón.
A la hendidura de la almohada.

Y la nevera supura,
harta de escuchar discos
que no tienen cara B.

7.

Corre. Sóplame la boca. No dejes de hacerlo. Dime que no diga nada. Hazme callar. Ciérrame los párpados, acuéstame el cabello, alimenta mis dedos que están hambrientos, átame a tu pierna, átate a la mía, paséate en mis calles que casi no se acuerdan de ti. Sácame guapa, muy guapa ¿Ya está? Cierra la ventana del invierno, sílbame el ombligo, sílbame bulerías, sílbame tangos, sílbame tangos arrabaleros al oído. Silba junto a los muros y se caerán. Sonríeme el alma, desnúdame el cuerpo. Corre. Urge empezar a vivir. La cancha es la esfera de un reloj. Riégalo, cuélgate en las manecillas. Cuélgame en tu corcho. Tropieza con mis brazos, anúdalos a las noches de estrellas verdes. ¿A ver cómo me besas? A ver... hazlo otra vez. Ahora nos besamos ante el objetivo. Ahora el objetivo se ha empañado. Empéñate en añadir razones cada día. Cúbreme de latidos de mediodía. Súdame a ritmo y muerde mi mano que ya hemos destrozado el colchón...Corre. Báilame la memoria frágil, regatea las parcelas oscuras, vuélame en la playa. Dúdame, confíame, déjame libre, átame corto, báñame en arenas movedizas, de las que ya no existen. Corre, no te mueras. Hazme llorar azul. Despiértate entre paredes verdes. ¿Llevas la mochila? Sin dinero, sin carnets, sin ausencias, sin planes, sin billete de vuelta. Intercambiaremos cicatrices donde nadie se entere. Liaremos el papel de nuestras vidas. Prueba a despeinarme sin atmósfera. Prueba a entrar descalzo en otra infancia. Prueba a luchar contra el dragón. Prueba a ser un viejo con los ojos brillantes. Corre, que las carreteras son muy largas, y muy cortas nuestras piernas. Corre antes de que dios descubra lo nuestro y le dé envidia.

8.

Le contó a tragos breves que su tiempo acabó,
que hasta las cáscaras naufragan,
que completara la lista de la compra y se comiera las sobras.
Que recalentara la cena.

Que no iba a haber más susurros, ni más reproches, ni más sábanas
que airear.

Que se llevaba los años en un bote de cacao
y los diccionarios secretos entre las mechas.

Le miraba la mancha de la barbilla mientras tallaba la raíz de sus
recuerdos.

Que sus uñas no rasparían el suelo del paraíso otra vez y que
condujera con cuidado.

Que se sometiera a un chequeo.

Le repetía a martillazos certeros entre los ojos:

"me canso de los mismos destinos, veo colores que antes desconocía,
mis piernas ahuyentan las pesadillas, se me agotó el rimmel".

"Se me agotó el rimmel".

Y ninguna mujer calva de ojos sobrevive.

La mancha es Madagascar en una barbilla
y al abrir la boca la costa se expande,
pero no dice nada.

Le intentó hablar de grandes decepciones,
con palabras robadas a telefilmes,
de silencios, de minutos perdidos.

De años perdidos.

De desagües, de carreteras,

de viajes inanes, de sangre invisible.

Le explicó que la ropa blanca no puede mezclarse,

ni siquiera en el armario,

un *apartheid* que debería respetar si no quiere que el caos le gane.

Que no es que no le quisiera,

sino que le daba igual.

9.

La memoria de los dedos que no leen
es corta.

Enseguida olvidan los umbrales en los que claudicaron,
los itinerarios trazados a fuerza de humedades
en cuerpos ajenos.

Dibujos despojados de toda sal alrededor de un ombligo
que se repiten en otras pieles.

Amnesia digital murmura poemas como si fueran huellas.

No recuerda que ya los escribió en pechos abiertos
que sabían diferente,

porque la lengua sí maneja recuerdos como un *croupier*,
para que cada beso sepa a quien ella quiera.

10.

En ocasiones llueve en los corazones pequeños,
rebotan y es imposible esquivar los charcos,
ignorar el agua,
discernir la manta del asfalto.

Cuando los corazones pequeños se encharcan,
también se pudren.

Se pudre su raíz, su tallo, su semilla.

Se ahogan en agua salada,
como el agua salada del pozo en el que estás.

Cada cuerda que te tiendo
es una soga que te asfixia.

Los corazones pequeños
se empachan fácilmente.
Con nueces y con películas.

Los corazones pequeños son
pequeños ataúdes blandos,
nichos donde dormir con ruido
y despertar en silencio.

Un corazón pequeño es

una estación de paso

un surtidor de gasolina,

un cruce de caminos,

un mal cuento.

Un vagón de madrugada.

Mi corazón es pequeño y
funciona según un reloj siempre adelantado.

11. Historia sin memoria

Como pesa tan poco, la tinta no la atrapa. Y así, se escapa de las agendas y los cuadernos. Cambia a diario de nombre, se disfraza. Se esconde. Se ríe con la boca bien abierta. Columpia los minutos sin saber qué es mañana, sin acordarse de ayer. Para hacerlo debería depender de alguien. De algo, al menos. Pero se escapa de la tinta. Nadie la puede escribir, nadie la puede nombrar.

12.

La fórmula de la ausencia,
como la de los caracoles,
implica mancharse,
no de grasa,
ni de sexo,
quizá sí de música gastada,
aunque no sea el caso.
Convertir el deseo en afición,
el nido en un sofá,
los restos de la batalla
en argumento para un café,
mancha y agota.
"Estoy muy bien",
"estoy como nunca",
ensucia como la humedad de las paredes.
Porquería que hiberna en la epidermis
y que se filtra en periodos de ausencia.
Que se pega a los zapatos y las horas
como veneno quemado.
Todo lo malo, todo lo perdido,
mancha durante años,
sin solución.
Tiempo después,
ante las piernas abiertas,
y en las sonrisas calculadas,
asoman los despojos
que nos delatan
y que no pudimos limpiar.

13.

Fin y al final,
cuando es la vena quien escribe la despedida,
como todas,
partida en dos.

El norte y una huida a Cádiz,
que no me dejan dormir.
Porque se han metido en mi pijama.
Como el fracaso.

Silba un no sé por qué,
Que yo te hago el coro,
Pero te advierto que yo sólo silbo hacia adentro.

Sales del coche y no me miras.
Ya no tropiezo con tus ojos al despertarme.
No hay compañero en el espejo,
Ni olor ajeno, ni amor propio.

Ni extraño.
Y tiembla el olvido,
porque bajo mi casa pasa el tren.

Queda la rabia de la pared,
la sangre del labio,
el estómago revuelto.
Y la carcoma.

Infinito agujero del corazón.

14.

Hace ya unos días que no creo en las películas,
en el mutuo entendimiento de ojos.

Hace unas noches que sólo sueño con párpados ardientes
que supuran rocío negro.

Se me ocurre preguntarle a la espalda que duerme junto a la mía
si alguna vez se quebró de amor,

si se hernió de costumbres

y si se equivocó al soñar con párpados al borde del suicidio.

Pero pocas veces encuentro algo más que silencio.

Eres un ovillo de pan caliente

al que pregunto confundida,

sedienta de palabras que nunca me dirás,

que ni siquiera conoces.

Estúpida vuelta de tuerca,

cabeza aprisionada de deseos,

perfecta sonrisa.

Mírame bien.

¿no ves que estoy llorando?

15.

Vente conmigo y las excavadoras huirán,
nunca más te quedarás sin leche en la nevera,
de madrugada te leeré cuentos que morderás a preguntas.

"No entiendes nada".

Y te taparé con alambre hasta los cabellos
(aunque sea verano).

Te ofrezco café

y aromas más salados,

y un abrigo de terciopelo verde
donde llorar.

Ahora te meces como una pelusa

y pones esa cara de anonimato
que tan bien te sienta.

"Te digo que vengas conmigo",

caricia de piernas,

brazos-flotador,

cuello acostumbrado

a recostarse en cualquier sitio.

Estoy aprendiendo a cantar,

a fabricar collares de cuentas,

a limpiar cristales.

Ven y pídemme que me vaya

para recuperar el invierno,

que la boca sepa amarga

al caminar de vacío,

que ni la sombra me sigue

por más que miro atrás.

16.

Qué limpia soy, cuánto lloro.
De limpia, me vacío,
como las habitaciones antes de pintarlas.

Estrujo la víscera a quien me acompaña.
No es difícil para mí.
A cambio de casi nada.

Así también los vacío, los limpio.
Porque yo soy muy limpia.
Y si lloran, es que ellos también están vacíos.

Pero corro el riesgo de perder el alma por las rendijas.
Y a alguno se la he secado, de tanto llorar, vaciar y pintar encima.
Aunque sean corazones de saliva.

II. extranjera

- Has envejecido diez años hace diez días -dice Colin.

- Siete años -rectifica Nicolás.

Boris Vian. La espuma de los días

1.

En el vestíbulo con chapines rojos,
triste final de piernas venosas,
me reconocerás por una cicatriz en la rodilla
cuando me agache a recoger los inviernos perdidos.
Te diré entonces que abandones la esperanza
de volver a ver las casas volar,
el technicolor devoró los huesos de madera
mientras te dabas placer sobre baldosas amarillas.
Y no te creerás que has envejecido
y que el perro ya no vive
y que alguien acabó con los ciclones
y que nunca supe cantar.
Cuando golpee los talones
te fijarás en que el charol no brilla,
brillas tú de manera ridícula.
El cuento es cruel.
A mí me ha hecho bruja del Este
y a tí hombre de hojalata.

2.

Alimentada a base de diapositivas sobre apóstoles,
el escai succiona la pierna.

(Es verano y las sillas son voraces,
sobre todo en junio).

Pica la falda del uniforme, Judas parece Warren Beatty
y un bocadillo de mortadela a la salida.

Huele a baldosa y huele a calcetines a las cinco y veinte.

Agarro un papel en el huerto de los olivos para escribir:
"No puedo".

Canas en la parcela del proyector: "No te metas".

Pelo duro y corto: "Te juro que como te metas te mato".

Compraré una palmera de chocolate a las cinco y media.

Se mete.

Los dientes capan el boli bic y a Jesús ya lo han matado.

Rozo mi brazo con el metal y estoy tan fuera de sitio que prefiero no
verme.

Sigo el rastro de un ejército de piernas.

No huele a baldosa, sabe a sal.

3.

Me tiendo al sol. Espero que así me abraze lo de dentro, oír cómo se queman las dudas.

Es el parque de los niños y los viejos. También de los adolescentes, para beber. Vengo sola y dada la vuelta, soy un calcetín.

No soy vieja, ni niña, ni perro, ni enamorada, ni pienso emborracharme.

Aún no escucho nada. Ni fuego, ni brasas, ni nada. Un año después, un retazo más. En el mismo punto, otra vez: excusas, banalidades, actos reflejos. Palabras huecas, oídos sordos, amén, amén.

Cómoda en este molde de días y de noches. Busco obligaciones para no darme más vueltas, para no convertirme en un simulacro de calcetín, en un doblez al cuadrado.

Empiezo a abrasarme. Quizá la respuesta sea matemática: ir hacia atrás. Hacerme la raíz cuadrada. Puede que el resultado sea yo desnuda de prejuicios y de historia. Entonces me daré cuenta de que en esencia soy vanidad

y que todo esto me importa un carajo.

4.

Vienes todos los días
sorteando los obstáculos del parque,
y me hablas tan bajo,
que apenas oigo los semáforos.
"Han dicho que va a llover",
pero sólo me cruzo con ojos extraviados,
sin memoria para los poemas
y con problemas de sonambulismo,
que es lo que provoca el canal.
Si me lavo el pelo,
¿me arrancarían la cabeza los patos?
No sé que contestar al perro que me interpela.
"Supongo".
La farola esconde secretos de familia,
largos y maliciosos
como los atlas,
o como los libros de cocina
que te venden imposibles.
Los pocos besos del parque
se dan bajo los bancos,
en extrañas posiciones
entre gatos y hormigas,
dueños de un kamasutra animal
que para sí quisiera la mochila del estudiante,
o la que hace el camino todos los días
esperando que le hablen los semáforos.

5.

El pelo de Cortázar deambula por los desagües. Años viajando por las cloacas y aún no ha encontrado la felicidad. Destensado, náufrago de violín y sucio. Atranca mi lavabo como si fuera una garganta. Si se tratara de barba o de ángel se sentiría orgulloso: una identidad propia, una textura característica. La memoria también tose, eso lo sabe cualquiera. Y ahora no recuerda si el sepulcro era un cronopio o un columpio. Los caminos de Dios son insospechados. Sólo sabe que ahora es una cana perdida de cal y risa floja.

6.

Guardo tres recuerdos tuyos:

las calcomanías en la pared,

las pinturas de la habitación,

y cuando fuimos a encargar tu lápida blanca.

El resto son fotos de baños vespertinos

del único verano que viviste.

No volví a jugar contigo.

7.

Mamá,

extiende la alfombra roja para que desfilen las pesadillas.

Las vestidas de azul, a la izquierda,

las de verde, a la derecha:

Pintalabios,

-mátame o déjame morir-

(demasiadas pretensiones).

Paella los domingos,

camisones de franela,

trece años,

día de cobro,

lo que no viví,

confesionario,

palabras sin decir,

palabras escupidas,

palabras desarmadas,

palabras venenosas,

demasiadas palabras,

palabras de cuchillo

a los amigos,

historias apropiadas,

novios ideales,

deberes sin hacer,

dioses obsesos,

sebosos, obesos,

pelos en las piernas,

comida entre los dientes,
coitus interruptus,
legañas en el café.

Despertador con taquicardia.

8.

Desconfía de quien escribe en Times New Roman,
tipografía de notarios, mordedora de tiempo.

Mira su T mayúscula como una horca,
la dentadura omnipresente de quien teclea.

La hache de un renglón torcido que esquiva borrachos en el Casco.

(es el ángel caído de una hipoteca o un testamento),
tan desorientada que dan ganas de ahuecarle la almohada,
para que despierte del sueño.

Mira a través del cristal.

Los jefes escriben en Times New Roman,
hasta la firma en las notas de sus hijos.

Desconfía de quien hace cosas que no haría un pez,
del que escribe sin esquinas o con excesivas redondeces.

Mira cuánta gente que detestas escribe así,
tantas letras vomitadas a diario,
tantos ordenadores apagados con suficiencia,
tantos consejos,
escritos en Times New Roman.

9.

En los lavabos de los bares
no encuentro mis trenzas de los siete años,
entonces arañó las baldosas.

Y lloro.

He bebido ginebra,
pero me sabe a yema batida en vaso duralex
y a cuchara de acero inoxidable.

Los azulejos están ahí para lamerlos,
por si destilan alcohol o dulce de leche.

En realidad sólo saben a pared y están fríos.

Busco las horquillas y la raya en medio
que se ha debido de tragar el desagüe
mientras me besaba con el cemento.

10.

De pequeña tocaba el piano, pero no lo hacía bien. Envidiaba la agilidad de los dedos ajenos y los ojos cerrados delante de la partitura. La banqueta tenía estómago de Mozart, Bach o Schumann, y abría las fauces sin escupir notas. Después me sentaba en el terciopelo y posaba las manos sobre el teclado. Diez arcos sin contrafuertes, presionaba con el alma, pero sólo se escuchaba música para perros. De todos los acordes ladrados mis preferidos eran los de Chopin. Me sonaban a vestidos blancos, a caserones y a días nublados.

muy de vez en cuando
bailaban polillas
un seis por ocho
desafinado sin clave
calvas de tanto sudar
(mi torpeza exigía un gran esfuerzo).

Mis afanes se mezclaban con croquetas y televisores en el patio de luces. Por más que atrancara la ventana siempre escuchaba los ladridos y las muertes de los mosquitos al chocar con el cristal. Óbitos sonoros y transparentes que dejaban muescas diminutas como plomo. Sólo el calor me hacía abandonar el intento de ser diferente. Sólo los recuerdos inventados me provocaban bailar desnuda ante el metrónomo.

noches de notas silenciosas
que ni siquiera existieron,
pero la cabeza las lloraba
como dormida

Era el flexo de junio el que más iluminaba el gigante de mi cuarto y menos ocultaba los jirones de pequeñez. Frustraciones tempranas bañadas en cola cao y secretos. Doce besos antes de cerrar los ojos, a muñecos vivos, a vivos muertos y a muertos de verdad. Antes de que el miedo girara el picaporte y se metiera entre mis sábanas a perturbar mis doce años, me imaginaba con el vientre hinchado sentada sobre el terciopelo, arrancando sólo música para perros.